

Ahora, que calza mi planta ligera
la sandalia vivá de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
como una campana sacudida aprisa.

Después... ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?»

Basta, ¿verdad?

Sí, basta. La sensualidad de Juana
de Ibarbourou se opone a la lujuria,
que es vicio; completa y enaltece el
amor, que es virtud. Y así, tiene la
inocente gracia del oro de una espiga
madura y caliente sobre el oro de los
bucles de una virgen niña.

Mirando hacia el origen de esta ex-
celsitud, daremos con la razón de su
saludable limpieza. La poetisa misma,
todavía hoy, cuando años de vida me-
tropolitana la han «tornado tristonía y
pausada», nos lo dice;

«Soy la misma muchacha salvaje
que hace años trajiste a tu lado».

Vino de sus campiñas del Cerro
Largo, verdeantes de trébol y musgo
las plantas, las mejillas mieladas de
sol, tintos de moras los labios y la ca-
bellera esponjada de viento. Y hoy se
declara la misma. Sí, la misma... Sólo
que antes volaba jubilosa su canción
y ahora la sentimos entristecer, empa-
parse de nostalgia. ¿Habremos de
lamentar el cambio? Aquella fiesta
dionisiaca, sojuzgadamente alegre,
salvaje y luminosa hasta cegar, vol-
cada para mayor bien en versos de
una gracia pagana y una emotividad
irresistible, llegaba ayer al amargo
corazón de la ciudad como al cami-
nante el refresco de esas frutas que la
reciben en la fronda sombría, tras el
cansancio arrastrado por la llanada
polvorienta. En tanto que hoy nos
afirmará «Desde el fondo del alma me
sube un sabor de pitanga a los labios»,
sus horas amables se nos revelarán
siempre por la gama de los sauces,
las retamas y los ríos, sus ternuras
temblarán aún al ritmo de los follajes
vivos y al chico vendedor de naranjas
le detendrá para contarle cómo ella
también trepó a los árboles y cómo
«naranjitas pequeñas y verdes, siendo
niña, enhebraba en collares»; pero
toda esta fruición sonará como año-
rada, y el rayo flamígero que nos pe-
netraba jubilosamente se teñirá con
la luz amatista de la melancolía. Una
melancolía, sin embargo, bella, como
una pena amada, levemente llorosa y

cargada de prodigios: un perfume
de heno al atardecer en los caminos
abiertos y solos.

Salvo dos a tres poemas de fuente
a la vista circunstancial o retrospec-
tiva, todo en *Ratz salvaje* responde a
esta nueva modalidad de la insigne
Ibarbourou. Y este nuevo tono de su
poesía adquiere una cúspide punzante
de tristeza, franca de confesión tran-
sida y reveladora de un devenir acaso
próximo, en *Una voz*. La cito por-
que, a más de significativa y de ser una
de las más bellas y de mayor energía
poética del libro, marca un camino de
simplificación de la artista en la forma
externa de su verso:

«Yo no sé qué alma sola
va cantando ese tango por la calle.

Debe ser algún alma,
así como la mía,
loca y reconcentrada,
ardorosa y hurafia.

He hundido la cabeza entre las manos.

El cantor invisible
se alejó por la calle
blanda de pastos viejos.

Y dentro de las cuatro paredes de mi cuarto
me he quedado soñando.

.....
Por un montón de noches
ya tengo compañero».

No se puede soñar más transparen-
cia ni más simplicidad para herirnos
la fibra de lo recóndito y vago que hay
en nuestras ansias imprecisables du-
rante la soledad. Frente a estos mila-
gros es cuando el encanto-genio se
hace palpable. Habíamos sido, en
cien poemas, fascinados por la artífice,
por la riqueza, la nitidez y la ade-
cuación exacta de sus imágenes, así
como por la perfecta armonía de sus
totales de composición. Nunca esta
sencillez descalza de todos los artifi-
cios y los recursos había colmado
nuestro asombro.

Pues bien, con ello venimos a tocar
el quid de la renovación manifestada
hoy, en cuanto a la forma externa,
por la gran lírica.

Creo vislumbrar lo que sucede.
También yo vivo hastiado de litera-
tismo, y me parece distinguir, princi-
palmente en el lirismo brillante y en
la rima ostentosa, causas de esta espe-
cie de náusea espiritual.

La continencia lírica exige, no obs-
tante, gran justeza de medida. Juana
de Ibarbourou ha triunfado en su es-
fuerzo porque ha equilibrado la poda;
pero es muy fácil tronchar la vid. No
se debe prescindir en absoluto de la
imagen, por ejemplo. Las ideas abs-
tractas, los sentimientos en su des-
nudez original, no llegan a quien
deseamos comunicarnos si no los ha-
cemos entrar por alguno de los sen-
tidos. La imagen, que en horas de
hastío literario se nos figura una mu-
leta, compone más bien una mitolo-
gía que encarna o materializa la idea

y la hace tangible al vestirla de una
sensación; hiere los sentidos, apro-
xima un término de comparación que
la precisa y robustece, sacude la fa-
cultad de evocar y da vida entonces
con doble fuerza al pensamiento abs-
tracto en el espíritu. Los sentidos
serán siempre puertas obligadas, las
sensaciones, llaves de esas puertas
reales del alma. Sólo el adjetivo y el
verbo enérgicos y sorprendidos, que
concretan sintéticamente, matizan y
relacionan el sustantivo abstracto
«sugiriendo» la imagen sensorial, pue-
den reemplazar, y en ciertos casos
con ventaja de concisión y elegancia,
al símil o vehículo impresionador.

Quede así rendido a la artista de
Ratz salvaje un aplauso por su maes-
tría. La moderación literaria de estos
nuevos versos suyos resulta—aunque
creo que algunos lo dudarán—tan efi-
caz como sus fuegos anteriores: y, por
añadidura, dan a su lírica entonación
grave y tranquila que la enaltece.

No insistimos en otros aspectos de
evolución formal revelados en este
volumen con relación a *Las lenguas
de diamante*, como la rima asonantada
y a veces rehuída. Anotemos, sí, que
todas las virtudes esenciales de la
poesía anterior subsisten. La adjeti-
vación es siempre llena de poder evo-
cativo y de novedad, guardando su
dosificación equilibrada en honor al
buen gusto. La sentimentalidad apa-
rece siempre plena y raramente feme-
nina. La transparencia del verso, su
tersura de lago, la rusticidad del im-
pulso, en fin, ennoblecida por el don
de la forma fina, todo permanece. Y
además, hay una de filosofía leve de
hechicera feminidad, como en *Cenizas*,
Noche de lluvia..., ¡Ah, revisando el
libro, cómo provoca transcribir! *Olor
frutal*, *Melancolía*, *Sol fuerte*, *Estío*,
Los pinos, *La tarde*, *La higuera...*
página a página, todo el volumen.

Pero escribo para el periódico...

Sin embargo, para concluir, y por-
que advierto haber callado sobre el
sentimiento del paisaje, que Juana de
Ibarbourou posee en grado excepcio-
nal, agregaremos este soneto impeca-
ble y espléndido de luz, aire y color:

LA PESCA

La espuma me salpica como un rocío blanco
y el viento me enmaraña el cabello en la

[frente.

A mi espalda está el verde respaldo del

[barranco

y a mis pies el gran río de elástica corriente.
Rumores de la selva y rezongos del agua.

Y tal como una lepra sobre el dorso del río,
la mancha oblonga y negra que pinta la

[piragua

en la fresca penumbra del recodo sombrío.
No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
de todo pensamiento y de toda quimera.

Soy en este momento la hembra primitiva
atenta sólo al grave problema de su cena,
y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
el corcho que se mece sobre el agua serena.